

Platería iberoamericana en Guipúzcoa. Siglos XVI a XVIII

Ignacio Miguéliz Valcarlos
Universidad de Navarra

Al igual que ocurre en otras provincias españolas, son numerosas las obras de platería procedentes de talleres iberoamericanos conservadas en las iglesias de Guipúzcoa, labradas en sus tres grandes centros plateros, los Virreinos de Nueva España y del Perú y la Capitanía General de Guatemala¹. Estas obras fueron enviadas a sus parroquias nativas e imágenes de devoción por guipuzcoanos que hicieron fortuna en América y que no se olvidaron de sus lugares de origen. Los talleres mejor representados son los mexicanos, que aglutinan el mayor número de piezas, así como de variedad tipológica, seguido de las obras labradas en los centros peruanos y finalmente los guatemaltecos.

El enriquecimiento en tierras americanas era algo a lo que todo emigrante aspiraba, bien mediante los negocios o bien mediante el desarrollo de brillantes carreras, tanto políticas como militares o eclesiásticas. Gran importancia para la economía guipuzcoana tuvo el establecimiento de tratos comerciales con América ya desde el siglo XVI, asentándose comerciantes guipuzcoanos tanto en los puertos hispanos que comerciaban con las Indias, como en las nuevas tierras descubiertas, sin perder por ello los lazos familiares con sus pueblos de origen. La prosperidad alcanzada por estas personas se veía reflejada en el envío de una serie de legados a sus parroquias y devociones nativas, que por un lado buscan atestiguar el aprecio hacia esas iglesias e imágenes, y por otro afianzar la posición del donante frente a sus vecinos, que de este modo son testigos de la nueva fortuna y posición adquirida por tan generoso mecenas. Estas donaciones se producen ya en Guipúzcoa desde el siglo XVI, y se mantendrán hasta bien entrado el siglo XIX, viviendo su etapa de esplendor a lo largo del siglo XVIII, cuando rara es la parroquia que no recibe un fastuoso legado procedente de tierras americanas.

El envío tanto de remesas de dinero como de piezas de plata labrada, así como de pinturas y otros objetos litúrgicos a estos templos no es asunto baladí, ya que constituye uno de los capítulos más interesantes de la historiografía de la Provincia². Así la participación de los hombres de negocios guipuzcoanos y de sus familias en el comercio con América trajo grandes beneficios a Guipúzcoa, no sólo por la aportación de capitales que supuso, sino porque muchos de estos hombres, a su vuelta de las Indias o en sus testamentos, trajeron o dejaron importantes legados a sus parroquias de origen.

1 El grueso de las piezas presentadas en esta ponencia fueron recogidas ya en I. Miguéliz Valcarlos, *Zilargintza Gipuzkoan. XV-XVIII. Mendeak - El arte de la platería en Gipuzkoa. Siglos XV-XVIII*, San Sebastián, Diputación Foral de Gipuzkoa, 2008. Igualmente, la bibliografía sobre la platería iberoamericana en Guipúzcoa es escasa y se trata de obras que recogen de forma parcial piezas de esta procedencia conservadas por los templos guipuzcoanos, como podemos ver en A., Fernández, R., Munoa, y J., Rabasco, *Enciclopedia de la plata española y virreinal americana*, Madrid, 1985, pp. 490, 510 y 526; J.M., Cruz Valdovinos, "Platería hispanoamericana en el País Vasco", en *La Gran Enciclopedia de España y América 500 años (1492-1992)*, Tomo Los Vascos y América. Ideas, hechos y hombres Madrid, 1990, pp. 111-113 o I., Miguéliz Valcarlos, "Platería mexicana en la parroquia de San Juan Bautista de Arrasate-Mondragón", en *Actas del XIII Congreso del CEHA*, Granada, 2000, pp. 861-868, "Un legado indiano en la iglesia parroquial de San Esteban de Oyarzun (Guipúzcoa)", en *Estudios de platería. San Eloy 2002*, Murcia, 2002, pp. 247-264; y "Platería guatemalteca en Guipúzcoa" en *Estudios de Platería. San Eloy 2006*, Murcia, 2006, pp. 459-470.

2 I. Arana Pérez (coord.), *Los Vascos y América: Ideas, hechos, hombres*, Madrid, Gela, 1990.

Aunque la afluencia de estos caudales no se puede cuantificar, un estudio de García Fuentes sobre la escribanía número 19 de la ciudad de Sevilla indica que “*en dieciocho años, comprendidos entre 1630 y 1694, se enviaron a San Sebastián 2.179.779 pesos. Esto supondría que, en la segunda mitad del siglo XVII, llegaban a la ciudad más de 117.000 ducados anuales, provenientes de una sola escribanía sevillana, cuando las estimaciones más optimistas de la producción de hierro de los años 1560 calculaban un valor de 300.000 ducados anuales en toda Guipúzcoa*”³. Como vemos, la comparación de las cantidades manejadas por una sola de las escribanías sevillanas, sin contar con las aportaciones del resto de escribanías, así como de los caudales llegados por otras vías, y el resultante de la exportación del hierro, principal producto comercial guipuzcoano y uno de los sustentos de la economía provincial, nos indica la importancia que para la vida y la economía de Guipúzcoa tuvieron no sólo el comercio con las Indias, sino los hombres que lo ejercían y los que se habían establecido definitivamente en ellas, ya que como vemos no perdieron el contacto con sus lugares de origen. Igualmente de gran importancia para Guipúzcoa en el siglo XVIII fue la creación de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, a través de la que se canalizó gran parte del comercio con América, lo que nos indica la trascendencia y el peso que tenían en el mismo los comerciantes oriundos de dicha provincia⁴. Hay que señalar como esta Compañía se relacionó estrechamente con el arte de la platería en Guipúzcoa, ya que a su sueldo estaba uno de los contrastes activos a lo largo del setecientos en la Provincia. Y así mismo realizó suntuosas donaciones argénteas a templos provinciales, como la estatua de plata de San Ignacio de Loyola labrada en Roma⁵ y regalada a la basílica de dicho Santo en Azpeitia, en agradecimiento por la llegada a puerto sin novedad de uno de los barcos de la Compañía.

Pero estas donaciones no sólo procedían de hombres de negocios, sino que también las realizaron eclesiásticos, hombres al servicio de la corona y simples particulares asentados en Indias. En el primero de los casos nos encontramos con don Joaquín de Echeverría y Narvaiz, religioso capuchino, quien envió a su parroquia nativa de Elduain antes de 1732, fecha en que aparece recogido por primera vez en el inventario de bienes de dicha iglesia, un viril de plata sobredorada⁶, o don Martín de Errazu, quien tal y como consta por el inventario de bienes de la iglesia de Urretxu mandó con anterioridad a 1758 un “*caliz de plata, Patena, Platillo y Vinajeras sobredoradas, que fueron remitidas para la iglesia desde la ciudad de Mejico por don Martín de Errazu Presbitero ya difunto Capellan que fue del ilustrisimo señor Arzobispo de Mejico y Natural de esta villa*”⁷. Y aunque no consignó un envío de plata labrada, hay que señalar como don Miguel de Legazpi, fundador de Manila y natural de Zumarraga, realizó una manda testamentaria a la iglesia de dicha localidad, de 47 ducados para que se ejecutase una custodia de plata, pieza que todavía hoy se conserva. Dicha obra fue encargada por la parroquial de Zumarraga en 1604 al platero tolosano Mateo de Garate⁸.

Igualmente nos encontramos con las donaciones de hombres al servicio de la corona, entre las que destaca la de don Joaquín de Zavaleta, caballero de la Orden de Santiago, quien envió antes de 1711 para la iglesia de Santa María de Tolosa “*una custodia que se compone de un dosel de plata con su cielo, y de dos gradas de chapa de plata embutido en madera, una peana de plata sobredorada con los cuatro Evangelistas y tres tornillos de plata de peso de doscientos y treinta onzas, un querubín de plata de peso de ciento y setenta y nueve onzas un viril con sus vidrios y rayos esmaltados de pedrería y su media luna de peso de ciento treinta y un onzas, con declaración de ser todo lo*

3 J.M., Imizcoz, “Hacia nuevos horizontes. 1516-1700”, en M., Artola (Ed.), *Historia de Donostia San Sebastián*, San Sebastián, 2000, p. 142; y L., García Fuentes, *Sevilla, los vascos y América*, pp. 160-171.

4 J. Estornes Lasa, *La Compañía Guipuzcoana de Navegación de Caracas*, Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin, 1948.

5 VVAA., *La “Estatua de Plata” de S. Ignacio de Loyola*, Bilbao, 1989.

6 Archivo Histórico Diocesano de San Sebastián (AHDSS-DEAH), Elduain, Libro de cuentas de fábrica, 1648-1784, fol. 207.

7 AHDSS-DEAH, Urretxu. Libro de cuentas de fábrica, 1757-1798, fols. 1-18.

8 AHDSS-DEAH, Zumarraga, Libro de cuentas de fábrica, 1582-1609, s/f.

expresado en este capítulo remitido por don Joaquín de Zavaleta caballero de la Orden de Santiago, natural y vecino de esta villa y residente en la ciudad de México para la dicha iglesia". O la de don José de Lizarraga, también caballero de Santiago, que mandó para la misma iglesia "*seis ramos de plata de la partida veinte y siete con sus jarras, las tres planchas de plata, el deposito dorado, calderilla de plata con su isopo, demas del citado arriba, la campanilla de plata y el s^{to} Xpto de marfil, todo esto remitido para esta parroquia por Dⁿ Joseph del Lizarraga Cavallero del avito de santiago, vezino de esta villa residente en el reino de Leon*", lo cual regaló junto a dos lámparas de plata, piezas que estaban ya en dicha parroquia en 1711⁹.

Finalmente se constata la devoción de los particulares, que no olvidan los templos de las villas que los vieron nacer, como es el caso de don José de Aguiriano que envió entre 1706 y 1752 a la ermita de Santa Marina de Eskoriatza un cáliz de plata sobredorada y un juego de vinajeras¹⁰. En noviembre de 1773, don Juan José de Elizaga y Zamora, remitió desde Puebla de los Ángeles, de regalo para la parroquia de Hondarribia, "*una custodia de plata sobredorada, de una vara de alto con el viril de oro, Un copón de tamaño regular, también de plata sobredorada, un cáliz con su patena, su cucharita, su plato con vinajeras, su campanilla. Todo de plata sobredorada quintadas y cinceladas*"¹¹. A la parroquial de Eibar llegó en 1738, enviada por don Andrés de Reizabal, "*una custodia nueva de peso de veinte y ocho marcos que envió de Indias don Andres de Reyzabal*"¹², aunque no se especifica la localidad o virreinato de residencia de dicho don Andrés. La iglesia de Oiartzun recibió numerosas dádivas de don Manuel de Aldaco, uno de los fundadores del Colegio de Vizcaínas de México en 1732, quien mandó a la parroquial de su villa nativa cantidades en metálico así como el cuadro de la Virgen de Guadalupe, obra de José Páez, que remata uno de los retablos¹³. Así mismo en el inventario de Alhajas y ornamentos de la iglesia, realizado en 1782, se especifica como Manuel de Aldaco también había regalado a la parroquia cuatro hacheros y dos ciriales, todos con sus pedestales, de plata¹⁴. Y don Ignacio Recalde hizo donación en su testamento a la iglesia de Elgeta de una lámpara de plata, obra que llegó a Cádiz procedente de América en 1773, de donde fue trasladada por mar a San Sebastián¹⁵. También a la iglesia de Santa María de Tolosa llegó de manera indirecta en 1642 una lámpara de procedencia indiana. En este caso se trataba de una obra mandada a su casa nativa por don Juan de Urrutia, y que posteriormente legaba por vía testamentaria a dicha parroquia doña Magdalena de Urrutia, "*la qual dicha lampara costo en las Indias según lo que escribe en una carta el dicho Juanes de Urrutia mil y quinientos reales de a ocho*"¹⁶.

De gran importancia resultan tres legados llegados a las iglesias de Hondarribia, Angiozar y Mutiloa. Así, en el primero de los casos, el capitán Miguel Martínez de Aranibar, natural de Hondarribia, envió a dicha ciudad desde México en junio de 1679, "*un trono entero de plata que compone de frontal, sagrario con su deposito, gradas, media naranja, baldaquín con su guardapolvo y dos custodias doradas, la una para colocarla arriba y la otra para la adoración al tiempo de encierro*". Mientras que a la parroquial de Angiozar llegó antes de 1737, cuando aparece ya reflejado en el in-

9 Archivo Histórico Provincial de Guipúzcoa (AHPG), Escribanía de Ignacio de Ayero (1693-1720), Pt. 1126, fols. 38-43, Inventario de la plata, ornamentos y alhajas de la iglesia parroquial de la villa de Tolosa y entrega de todo ello a don Domingo de Amasorrain, como a sacristán actual de ella y su obligación. 1711.

10 AHDSS-DEAH, Eskoriatza, Libro de cuentas de fábrica, 1706-1799, fols. 218-223.

11 F. Portu, *Hondarribia. Notas históricas y curiosidades*, Hondarribia, Ayuntamiento de Hondarribia, 1989, pp. 620.

12 AHDSS-DEAH, Eibar, iglesia de San Andrés, Cuentas de fábrica 1738-1764, 1738, s/f.

13 M., Barrio Olano, y I., Berasain Salvarredi, *Los retablos de la parroquia de San Esteban de Oiartzun*, Oiartzun, Ayuntamiento de Oiartzun, 2001, p. 156.

14 A.M.O. Relaciones del Ayuntamiento con las autoridades eclesiásticas. Acta de entrega de las Alhajas de la iglesia. 1782.

15 AHDSS-DEAH, Elgeta, Libro de cuentas de fábrica, 1756-1802, fols. 203 y 224.

16 AHDSS-DEAH, Tolosa, Iglesia de Santa María, Inventario de bienes parroquiales, 1642.

ventario de bienes de la iglesia¹⁷, una manda enviada por Francisco de Zuloeta, compuesta por “*una lámpara de plata con cuatro cadenas grandes con quarenta sortixas y en las de dentro quarenta y quatro piezas pequeñas; un caliz dorado con su patena, una salvilla de plata dorada, sus dos vinajeras y su campanilla de lo mismo, dos vasos portátiles el uno mayor y el otro menor para llevar el santo viatico y unción a los caserios con su bolsa de carmesí bordado juntamente con sus cordones de seda, una custodia grande dorada, un portapaz dorado, seis blandonzillos de plata para el altar mayor, una cruz de plata para dicho altar, dos tenebrarios con tres mecheros cada uno para poner junto a la custodia, los cañones necesarios para un guion y sus cruz de remate para cuando sale nuestro señor, los cañones necesarios de plata para cuatro baras de palio para cuando sale nuestro señor, los cañones necesarios de plata para los ciriales grandes con las cabezas armadas, un incensario con su naveta y dentro la cuchara*”. Estas piezas eran superiores en número a las que guardaba en esos momentos labradas en plata el tesoro de dicha parroquia. Aunque no ha quedado constancia documental de que este mismo personaje hiciese un envío semejante a la iglesia de Elgeta, la existencia de piezas idénticas a las de Angiozar en este templo nos hace suponer que también habría recibido un donativo semejante. Y finalmente a la de Mutiloa llegaba en 1758 un rico conjunto enviado desde México por don Jacinto de Murguiondo, originario de dicho pueblo, y que se recoge en el inventario de bienes de la iglesia de “*Primeramente una lampara crecida de plata con quatro balaustres y doce candelas para colocar belas. Yten una custodia sobredorada con su diamante en la rodela de la efigie de San Miguel que pesa siete libras menos quarteron. Yten un copon de plata sobredorado con su tapon dentro para sobre las formas. Yten un caliz de plata todo el sobredorado con sus esmeraldas. Yten otro caliz mas pequeño de plata tambien sobredorado. Yten dos sacras de Lavabo y Evangelio de San Juan también de plata sin dorar que estan hechas a modo de atriles. Yten una sacra de plata con su peana en que se halla escrita las palabras de la consagración. Yten un platillo y vinajeras de plata y una campanilla de lo mismo sobredorado. Yten otro platillo de plata filigranado con sus vinajeras de cristal embutidas en filigrana de plata y su campanilla de lo mismo. Yten un incensario con su naveta y cuchara de plata. Todas quales dichas Alajas con una una arquilla que se halla forrada de badana encarnada y visagras , zerraja, llaves y chapas de plata la remitio desde Mejico de limosna don Jacinto de Murguiondo natural de esta villa*”. Posteriormente, el testamento de dicho don Jacinto envió desde México “*seis blandones de plata que lego a esta Yglesia don Jacinto de Murguiondo vecino de Mejico, y son de peso de a cada ocho libras bien hechas que los hizo labrar por su orden don Joseph de Oria tambien vecino de Mejico su testamentario*”¹⁸.

Sin embargo, y aunque los legados recibidos por los templos guipuzcoanos fueron ingentes, la pérdida documental que han sufrido estas iglesias, así como el hecho de que generalmente no se reseñe la procedencia de dichos envíos, nos impiden saber o diferenciar el centro de origen de dichas obras.

1. PLATERÍA DEL RENACIMIENTO

La participación guipuzcoana en la gesta americana, así como el comercio establecido por mercaderes de la Provincia establecidos en Sevilla con las nuevas tierras, va a propiciar la temprana irrupción de obras argénteas procedentes de estos talleres en los templos de Guipúzcoa. De este modo ya ha finales del siglo XVI encontramos los primeros envíos de plata americana a iglesias

17 Probablemente las piezas habrían llegado hacía esas fechas, motivo por el cual se había hecho un inventario de bienes de la iglesia que recogiese las nuevas incorporaciones.

18 AHDSS-DEAH, Mutiloa, Libro de cuentas de fábrica, 1703-1883, fols. 169 y 346-349.



*Fig. 1. Cáliz de Eibar. México.
Finales del s. XVI*



Fig. 2. Cruz de altar de Amasa. México



Fig. 3a. Custodia de Soraluze. México



Fig. 3b. Custodia de Zumarraga. México

provinciales, gracias a la participación de guipuzcoanos en la conquista y evangelización del Nuevo Mundo. Estas mandas se encuadran dentro de un capítulo de vital importancia para el estudio de este arte en la Provincia a lo largo del seiscientos, el de la llegada de piezas de plata foránea a las parroquias guipuzcoanas, obras que van a suponer un tercio de las piezas conservadas.

Cuatro son las obras de este periodo de procedencia americana que se conservan en templos provinciales, aunque sólo dos de ellas presentan marcas de localidad. Todas ellas proceden de México, el único taller representado en esta centuria, ya que no se han conservado piezas ni documentación de obras procedentes de Perú o Guatemala. Así, en Eibar se conserva un cáliz (Fig. nº 1) que responde a los modelos imperantes a finales de siglo XVI en la península, y que presenta estampada la marca semifrustra de México, una M con un círculo superior entre dos columnas. Aunque no tiene el punzón de autoría, dada la calidad de la obra, podemos afirmar que nos encontramos ante un platero de primera fila, tanto por la composición de la misma, como por su decoración, con rasgos indigenistas, que cubre por completo la obra pero sin excesos. Esta pieza fue donada a Nuestra Señora de Arrate, tal y como atestiguan las inscripciones que presenta, estando ya recogida en el inventario de bienes de la iglesia de San Andrés, parroquia matriz de la ermita de Arrate, de 1652, en el que se anotan sendos cálices de campanillas¹⁹. En Amasa se conserva una cruz (Fig. nº 2) de Jerusalén de hierro, inserta en una cruz de madera con una rica decoración articulada por medio de aplicaciones de plata e incrustaciones de nácar, y con el perfil recorrido por crestería de roleos y florones vegetales que la perfila. En el anverso se sitúa un Crucificado de tres clavos en ligero contraposto y brazos en uve, paño de pureza anudado a la derecha, cabeza elevada hacia el cielo, con corona de espinas, y anatomía marcada.

Como ya ha quedado dicho, dos son las custodias de tipo sol que han llegado hasta nuestros días, una en Soraluze, y la otra en Zumarraga. La primera de ellas (Fig. nº 3a) es una pieza de escasas dimensiones, pero de gran originalidad, en la que contrasta el abigarramiento decorativo de la base con la decoración calada del ostensorio, que da ligereza a la pieza. Completan la decoración querubines y figuras fantásticas, repujados en la base y fundidos en el ostensorio. Mientras que la de Zumarraga (Fig. nº 3b), con marca de localidad, una M coronada entre columnas, aunque carente de punzón de autoría, es una obra de gran complejidad, que se puede considerar como una evolución de la tipología de custodias-copón, en la que el volumen del copón ha quedado incorporado al astil como elemento decorativo. En los diferentes cuerpos que componen esta pieza se dispone una exuberante decoración articulada por medio de querubines, mascarones enmarcados por cintas planas y cartones, que alternan con aves y frutos, costillas en forma de ese, hermas y hojas de cardo, que se completa con una no menos rica iconografía, entre la que se incluye en la base la representación individualizada y naturalista de los cuatro Evangelistas, acompañados de sus atributos e inscritos en un paisaje, mientras que en el templete del astil se sitúan San Bartolomé, San Juan, San Felipe, Santo Tomás, San Pedro y San Pablo.

2. PLATERÍA DEL BARROCO

A lo largo de los siglos del barroco Guipúzcoa, tras el primer cuarto de siglo XVII que se verá afectada por la crisis general imperante en la monarquía hispánica, va a experimentar un fuerte enriquecimiento, motivado por la diversificación de las actividades económicas. De gran importancia dentro de estas actividades va ser el floreciente comercio con América, impulsado con la creación

¹⁹ AHDSS-DEAH, Eibar, Libro de cuentas de fábrica, 1643-1681, Inventario de bienes de la iglesia, 1652, s/f.

del Consulado de Comercio de San Sebastián, y sobre todo de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas²⁰, en la que va a participar tanto particulares como corporaciones guipuzcoanas, así como la nobleza y la corona. Ya hemos visto que esta compañía se va a erigir en una *de las principales impulsoras de la platería en la Provincia, además de que sus barcos se van a convertir en la vía de penetración y afluencia de las piezas de plata, bien enviadas por residentes en Indias a su parroquias nativas, o bien porque integraban el equipaje de emigrantes que tras su estancia en América volvían a los lugares que les vieron nacer.

De esta forma, a lo largo de los siglos del barroco, que es cuando se incrementen de forma espectacular los envíos de obras argénteas, la aportación de piezas americanas a las iglesias provinciales, va a constituir un capítulo fundamental y de gran riqueza dentro del arte de la platería en Guipúzcoa. Se puede decir, que en estos momentos, y sobre todo en lo que se refiere a las piezas de astil, las obras americanas son de mayor riqueza y suntuosidad que las labradas por los plateros provinciales²¹.

El número de tipologías documentadas de procedencia americana a lo largo de los siglos del barroco se va a ver incrementado con respecto a las centurias anteriores, situación pareja a la que se va a vivir con las piezas salidas de talleres locales. La progresión en el número de obras a lo largo del siglo XVII, va a experimentar una autentica eclosión durante el siglo XVIII, cuando todo objeto utilizado en los templos sea susceptible de ser realizado en plata, reflejo tanto de la buena marcha de la economía como del gusto barroco por la suntuosidad, el lujo y la exhuberancia. Estos regalos de obras constituyen uno de los capítulos más ricos de la platería de Guipúzcoa, no solo por la cantidad de las piezas legadas, sino por la calidad de las mismas.

Durante el siglo XVII, junto a las piezas de origen mexicano, por primera vez encontramos en Guipúzcoa piezas de procedencia peruana, así como documentación de la llegada de obras desde Guatemala, piezas menos comunes en las iglesias peninsulares. Y finalmente va a ser a lo largo del siglo XVIII cuando encontremos obras de los tres grandes centros americanos, aunque siguen predominando las salidas de talleres mexicanos.

Este aumento tanto de obras como de tipologías podemos comprobarlo no solo debido a las piezas conservadas, sino que también la documentación nos habla de numerosas tipologías enviadas desde América que no se han conservado. Gracias a ello, podemos observar como no sólo las grandes parroquias recibieron estas donaciones, sino que también los templos más modestos cuentan con importantes legados. Así, parroquias como Eibar, Elduain, Elgeta, Eskoriatza, Tolosa o Urretxu van a ser agraciadas con importantes envíos de plata labrada americana por parte de hijos nativos de dichas villas residentes en las Indias. Sin embargo hay que señalar como la gran mayoría de estas obras se perdieron durante las guerras que asolaron la Provincia desde finales del siglo XVIII²², siendo lo que ha quedado un pálido reflejo de lo que hubo.

Reflejo del incremento de las tipologías atesoradas por estos templos, van a ser las obras que han llegado hasta nuestros días, de las que solamente se han conservado aquellas más utilizadas en la liturgia, como cálices, copones, cruces, custodias, relicarios, navetas, incensarios y sacras. Junto a estas piezas, sabemos que desde América llegaron obras como tronos, lámparas, etc....

En cuanto a las estructuras adoptadas por las diversas tipologías podemos observar que, a lo largo del siglo XVII mantienen un fuerte apego a las tipologías clasicistas, con formas rígidas y rectas,

20 J. Estornes Lasa, Opus cit.

21 I. Miguéliz Valcarlos, Opus cit (2008).

22 I., Miguéliz Valcarlos, "Pérdida de los ajueres de plata por parte de las iglesias guipuzcoanas durante las francesadas", en *Ondare. Cuadernos de artes plásticas y monumentales*, nº 21, San Sebastián, Eusko Ikaskuntza – Sociedad de Estudios Vascos, 2002, pp. 293-302.

que poco a poco irán evolucionando hacia líneas más suaves, con alternancia de curvas y contracurvas que dan a las obras mayor ligereza y flexibilidad, que desembocarán durante el setecientos en obras más complicadas y ricas, con estructuras muy movidas, y una ornamentación exuberante, de acuerdo con postulados del pleno barroco y el rococó. Estas obras van a contrastar con las producidas por los plateros de Guipúzcoa, sobre todo las piezas de astil, de mayor sencillez²³.

PIEZAS MEXICANAS

Como ya hemos dicho anteriormente, el grupo más numeroso de piezas lo constituye las de procedencia mexicana, tanto las realizadas en talleres de la capital, como las de otros centros, como Zacatecas Oaxaca o Puebla de los Ángeles. Entre todas las tipologías, la más numerosa es la de cáliz, del que contamos con trece ejemplares, que van desde el barroco pleno, en su doble versión, tanto piezas lisas como obras con una exuberante decoración, hasta el rococó, con estructuras rebosantes de movimiento y con una ornamentación desbordante, y que presentan unas características propias que los hacen fácilmente reconocibles.

Al barroco desornamentado pertenece el cáliz de Segura, que carece de punzones de localidad y presenta marca de autoría, JDE/ELAS, que desconocemos a que maestro pertenece. Tiene la base dividida en triple zona y nudo de jarrón con toro superior. Esta obra fue regalada a dicho cenobio por Sebastián Fermín de Unamunsaga, tal y como reza la inscripción que presenta. Muy parecidos a éste, y también siguiendo modelos desornamentados, son los cálices de Angiozar y Elgeta (Fig. nº 4a), que aunque carecen de marcas sabemos que fueron enviados en 1683 por Francisco de Zulueta²⁴. Ambas obras presentan una bella decoración picada de lustre de diferentes aves, que alternan con elementos vegetales y geométricos. De estructura similar pero con una rica decoración articulada por medio de elementos vegetales y querubines, son los cálices de Gaztelu y Andoin (Fig. nº 4b), mientras que en el de Mutiloa la ornamentación, a base de roleos vegetales, flores y querubines, avanza ya motivos de carácter rococó. Presenta una inscripción que nos indica que fue enviado por don Jacinto de Murguiondo desde México en 1758, constatando así mismo documentalmente tanto su llegada a la parroquia, junto a otras piezas de las que también se conserva un copón, como su registro en el inventario de bienes de dicha iglesia²⁵. Más evolucionados son los cálices de Garagartza, en Arrasate-Mondragón y de Oñati (Fig. nº 5a), con una estructura de mayor desarrollo que las anteriores, con amplia base y exuberante decoración de elementos vegetales y geométricos y querubines, que recubren por completo ambas piezas salvo en la copa. El segundo de los cálices presenta marcas de México, una M surmontada por una cabeza de perfil entre columnas y coronada, y de autor, GOZA/LES, correspondiente al platero Diego González de la Cueva (1737-1778).

Respondiendo a postulados rococó nos encontramos los cálices de Azpeitia, Azkoitia, Pasai-Donibane, Errenteria y Segura. Todos ellos presentan una estructura muy definida de base mixtilínea troncocónica, con cuerpos decrecientes, convexos y bulbosos, excepto el primero, que sigue modelos más retardatarios; y una rica decoración, organizada en bandas verticales limitadas por aristas, y articulada en torno a las rocallas, veneras y espejos asimétricos, que los recubren por completo, con un verdadero *horror vacui*. El de Azpeitia, que carece de marcas, fue donado por don Antonio de Aguirre, eclesiástico originario de la villa, tal y como reza la inscripción que presenta. El de Azkoitia tiene estampadas las marcas de localidad de México, una M surmontada por una cabeza de perfil, entre columnas y coronada, de contraste G:I, correspondiente a una de las variantes empleadas por Diego González de la Cueva (1737-1778), y la de impuesto fiscal, un águila de alas explayadas. Esta

23 I., Miguélez Valcarlos, Opus cit (2008).

24 AHDSS-DEAH, Angiozar, Libro de cuentas de fábrica, 1685-1735; y Elgeta, Libro de cuentas de fábrica, 1690-1755.

25 AHDSS-DEAH, Mutiloa, Libro de cuentas de fábrica, 1703-1883, fols. 169 y 346-349.



Fig. 4a. Cáliz de Elgeta. México. 1683



*Fig. 4b. Cáliz de Andoain. México.
Primer cuarto del siglo XVIII*



*Fig. 5a. Cáliz de Oñati. México.
Tercer cuarto del siglo XVIII*



Fig. 5b. Cáliz de Segura. México. 1760

obra fue enviada en 1768 desde México por don Lorenzo de Olazabal, nativo de la villa y residente en dicha ciudad, junto a una custodia, un copón y unas vinajeras, de las que tan sólo se conserva este cáliz y el copón²⁶. Finalmente el cáliz de Segura (Fig. nº 5b) fue enviado en 1760 por don José Joaquín de Arizcorrieta, como podemos ver por la inscripción que presenta. Don José, cuya hermana Sor María Ignacia de Jesús Nazareno había profesado en el convento, también envió a dicho cenobio un lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe²⁷.

De talleres poblanos es el cáliz de la basílica de San Ignacio de Loyola de Azpeitia, regalado al santo en 1722 por don Domingo Antonio de Zatarain, tal y como consta por la inscripción que presenta, gracias a la cual sabemos que don Domingo era oriundo de Azpeitia, y que gozaba de una prebenda en la catedral de Puebla de los Ángeles.

A los mismos modelos que hemos visto con respecto a los cálices responde los cuatro copones que han llegado hasta nuestros días en Mutiloa, Antzuola, Azkoitia y Hondarribia. El primero de ellos responde a modelos desornamentados, y fue enviado en 1758 desde México por don Jacinto de Murguiondo, como lo atestigua tanto la inscripción que presenta como la documentación conservada, como hemos visto a la hora de ver el cáliz de la misma iglesia con el que hace juego, contrastando la sencillez del copón con la riqueza decorativa del cáliz²⁸. Al contrario que dicho cáliz, el copón presenta la cuádruple marca de México, la de localidad, una M surmontada por una cabeza de perfil, coronada y entre columnas, la marca fiscal, un águila con las alas explayadas, de contraste, GNZ, que corresponde a una de las variantes del platero Diego González de la Cueva (1737-1778) y de autor, LA/TADI, que desconocemos a que maestro pertenece.

A postulados rococó responden los copones de Azkoitia y Hondarribia, que presentan una abigarrada decoración compuesta por rocallas, veneras y espejos asimétricos que recubren por completo los diferentes cuerpos que los componen. Ambas piezas presentan las marcas ya vistas de México, impuesto fiscal y de contraste, GNZ, correspondiente al platero Diego González de la Cueva (1737-1778). El copón de Azkoitia, al igual que el cáliz de la misma iglesia ya estudiado, fue enviado en 1768 desde México por Lorenzo de Olazabal²⁹. Mientras que el de Hondarribia (Fig. nº 6a), a pesar de las marcas que presenta, fue enviado por don Juan José de Elizaga y Zamora desde Puebla de los Ángeles en 1773, junto a una custodia, un cáliz y unas vinajeras, todo ello de plata sobredorada, salvo el viril de la custodia que era de oro³⁰. Y de procedencia poblana es el copón de Antzuola (Fig. nº 6b), que sigue modelos barrocos, con una bella ornamentación articulada por medio de elementos vegetales y querubines, de factura carnosa y trazo firme, con diferentes gradaciones, que lo recubre por completo. Aunque la obra carece de marcas y no ha quedado huella documental sobre su llegada a la parroquial de Antzuola, la comparación estilística con otras piezas poblanas no deja lugar a dudas sobre su procedencia.

En Pasai-Donibane se conserva una cruz procesional de gran sencillez, con los brazos rectos recorridos por una cenefa vegetal, único ejemplo de esta tipología de procedencia mexicana que ha llegado hasta nuestros días en los templos guipuzcoanos. Gracias a los rasgos indigenistas que presentan los querubines que rematan los brazos de la cruz, y que similares a los que figuran en las obras estudiadas anteriormente, se puede atribuir esta pieza a un taller mexicano.

26 AHDSS-DEAH, Azkoitia, Libro de cuentas de fábrica, 1746-1825, fol. 63.

27 I. Cendoya Echániz, "Dotación artística del convento de Segura (Guipúzcoa). Sor María Beatriz Antonia de Cristo Arrúe y la aportación de los indios" en *La Orden Concepcionista. Actas del I Congreso Internacional*, Vol. 2, León, 1990, p. 34; y M^a. I., Astiazarain Achabal, *El convento de la Purísima Concepción de Segura*, San Sebastián, Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 198, p. 163.

28 AHDSS-DEAH, Mutiloa, Libro de cuentas de fábrica, 1703-1883, fols. 169 y 346-349.

29 AHDSS-DEAH, Azkoitia, Libro de cuentas de fábrica, 1746-1825, fol. 63.

30 Archivo Municipal de Hondarribia, Relaciones con las autoridades eclesiásticas, Lib. 35, reg. 5.



Fig. 6a. Copón de Hondarribia. México. 1773



Fig. 6b. Copón de Antzuola. Puebla de los Ángeles. c. 1722



Fig. 7a. Custodia de Aia. México. Segundo cuarto del siglo XVII



Fig. 7b. Custodia de Azkoitia. México. Medios del siglo XVIII

Una de las tipologías más numerosas presentes en las iglesias provinciales, además de una de las más ricas y originales, va a ser la de custodia, de la que encontramos seis obras que siguen postulados barrocos, tanto en la estructura como en la decoración, todas ellas de tipo sol. Al siglo XVII pertenece la de Aia (Fig. nº 7a), que repite los modelos de piezas de astil vistos anteriormente, aunque con variantes en la base, que es cuadrada, y en el nudo, de mayor desarrollo, con estructura arquitectónica cilíndrica, rematada por cúpula. Mientras que las custodias de Elduain, Garagartza, en Arrasate-Mondragón, Amasa, Azkoitia (Fig. nº 7b) y Eibar, pertenecen al setecientos. Al igual que sucedía con la de Aia, estructuralmente siguen los mismos modelos que cálices y copones en cuanto a la base, dividida en triple zona en las de Elduain, Arrasate-Mondragón y Amasa, y de perfil troncocónico en las de Azkoitia y Eibar; y en el astil, este último sustituido en las custodias de Amasa (Fig. nº 8a) y Eibar (Fig. nº 8b) por sendas figuras, en la primera un San Miguel, de carácter tosco, y en la segunda una Inmaculada, imagen de gran belleza y fina ejecución, con un delicado tratamiento del rostro y el manto, así como de la actitud que adopta. Los ostensorios son circulares rodeados por ráfagas de rayos rectos y flameados, rematados por estrellas, excepto en las de Arrasate-Mondragón y Eibar, esta última con un resplandor de rayos biselados. Decorativamente presentan elementos vegetales y geométricos, gallones y querubines, que según avanzamos en la centuria van ganando en plasticidad, con diferentes gradaciones y volúmenes más carnosos. La custodia de Elduain, que presenta la marca ya vista de México, figura por primera vez en el inventario de bienes de dicha iglesia de 1732, indicándose que había sido enviada por don Joaquín de Echeverría Narvaiz³¹, religioso capuchino residente en Indias, quien posteriormente pasaría al convento de dicha orden en Sevilla. Igualmente la custodia de Amasa se puede adscribir, gracias al análisis estilístico, a talleres de Oaxaca.

Similar a las custodias en cuanto a su estructura es el relicario de la basílica de San Ignacio de Loyola en Azpeitia, pieza muy sobria que responde a postulados clasicistas, y que presenta como única decoración cabujones ovales esmaltados en tonos azules, que se sitúan en la base, el astil y el viril, complementados con costillas rectas en el nudo. Aunque carece de marcas, conocemos su probable autoría en Zacatecas gracias a la inscripción que presenta, que nos indica que fue regalada por el padre Fray Blas Correa al convento de San Francisco de dicha ciudad en 1648, aunque sin embargo ignoramos como llegó al santuario de Loyola.

También procedente de Zacatecas es un conjunto de incensario y naveta conservado en Itsaso (Fig. nº 9a y 9b), pudiendo fecharse hacia 1700. Ambas piezas presentan estampadas la marca de dicha localidad, una Z surmontada por cabeza de perfil, entre columnas y coronada, y en la naveta figura una inscripción que indica que fueron regaladas a la parroquia por don Pedro de Oria. Ambas obras presentan decoración de elementos vegetales y geométricos, que en la naveta se completan con una crestería almenada. Se conserva otro incensario en el convento de San Sebastián, con una rica decoración articulada por medio de espejos ovales, rocallas, veneras y elementos vegetales, en la que se incluye un escudo esquemático del Carmelo. Presenta una triple marca, que no hemos podido identificar, pero que parece responder a la marca fiscal de México, un águila, junto a los punzones de contraste y autor, AHE/RODZ y SPOY, faltando sin embargo la de localidad. Y en la iglesia de Zaldibia se localiza una naveta con una rica ornamentación a base de roleos vegetales, de trazo firme y volúmenes carnosos, que se completan en la popa con un mascarón de factura tosca y simplista. Tiene estampada marca de autor CAB/RERA, punzón que creemos corresponde al platero mexicano José Ignacio Cabrera.

Y junto a las tipologías ya mencionadas, encontramos otra serie de piezas, algunas de ellas muy originales y poco habituales, como es un marco-relicario de Lasarte (Fig. nº 10), del último cuarto del siglo XVIII, que inscribe una pintura de la Virgen de Begoña, enmarcada en una escenografía

31 AHDSS-DEAH, Elduain, Libro de cuentas de fábrica, 1648-1784, Inventario de bienes de la iglesia de 1732, fol. 207.



*Fig. 8a. Custodia de Amasa. Oaxaca.
Segundo cuarto del siglo XVIII*



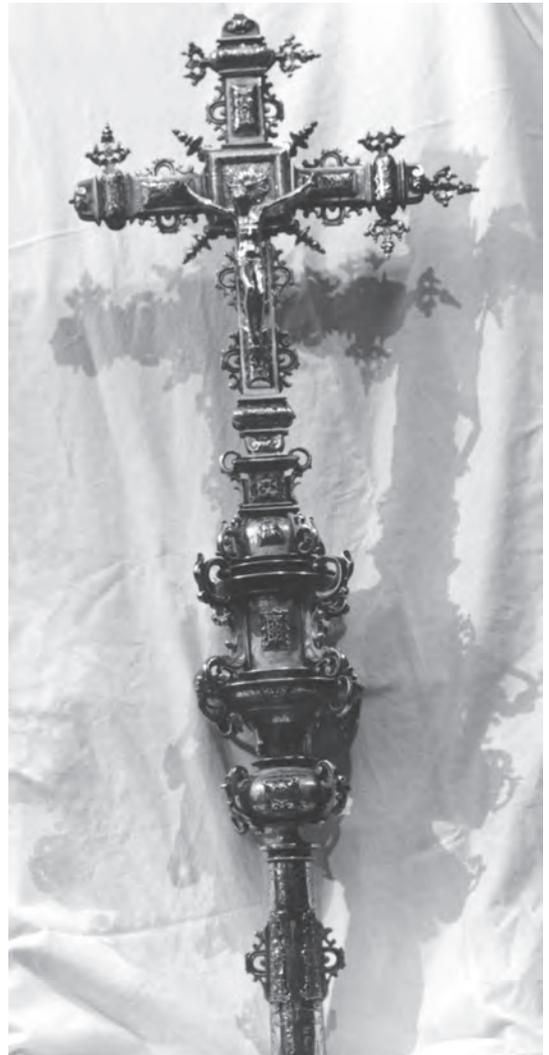
*Fig. 8b. Custodia de Eibar. México.
Tercer cuarto del siglo XVIII*



Fig. 9. Incensario y naveta de Itsaso. Zacatecas. c. 1700



*Fig. 10. Marco relicario de Lasarte. México.
Último cuarto del siglo XVIII*



*Fig. 11. Cruz procesional de Deba. Perú.
Último cuarto del siglo XVII*

argéntea, y a sus pies las figuras de San Miguel y San Francisco Javier, así como una representación del infierno. La imagen de la Virgen, de rostro sereno, esta vestida con un rico manto, bordado con flores y elementos vegetales, del que sobresale la cabeza del Niño. Se trata de una representación naturalista, con una cuidada composición y gusto por el detallismo, como podemos ver por las lámparas que cuelgan en la capilla donde se inscribe la escena. Esta iconografía se completa con la representación en el copete de Santa Inés de Monte Pulciano. Se trata de un agnus de los que se elaboraban el año en que un nuevo Papa accedía al solio pontificio, y que luego se volvían a realizar cada siete años. Aunque carece de marcas, tanto la pintura como el trabajo de la plata, incluidas las lámparas representadas en la capilla, presentan similitudes estilísticas con obras mexicanas.

A mediados del setecientos responde el portapaz de Elgeta, formado por un marco rectangular moldurado que cobija la escena de la Natividad, y que está rodeado por una bella crestería, calada y recortada, de ces y elementos vegetales que enmarcan querubines, el superior rematado por una cruz de brazos rectos. Esta obra, tal y como reza la inscripción que presenta, fue donada a dicha parroquia por don Luis de Azula, figurando por primera vez en el inventario de bienes de dicha iglesia de 1765, y no en el anterior de 1759³².

En las iglesias de Angiozar y de Elgeta, se conservan un juego de hostiario, en forma de caja cilíndrica, y una crismera, del tipo ánfora, enviadas en 1683 por don Francisco de Zulueta, junto a numerosas piezas más³³. Ambas obras presentan una bella y sobria decoración de elementos vegetales y geométricos, que en la caja alternan con flores y espigas de trigo, todo picado de lustre. Y de la misma procedencia es una salvilla de vinajeras y una campanilla de Elgeta, con la misma ornamentación, que en la salvilla añade diferentes aves de gran delicadeza. Finalmente, del tercer cuarto del siglo XVIII son las de Erreterria, que carentes de marcas, responden a un rococó muy sobrio, apenas resaltado por los perfiles mixtilíneos de la bandeja, jarras y campanilla, y por unas cenefas de rocallas que presentan.

PIEZAS PERUANAS

Como ya hemos dicho anteriormente, el número de piezas de procedencia peruana en los templos guipuzcoanos es inferior con respecto a las mexicanas. Igualmente, el incumplimiento sistemático de las normas de marcaje en este centro hacen que muy pocas de las obras procedentes de sus talleres presenten marcas de localidad o de autoría. De hecho, ninguna de las piezas peruanas conservadas en Guipúzcoa tiene estampado punzones de dicho centro, aunque gracias a la documentación, y sobre todo a las características específicas de esta platería, vamos a poder establecer su origen.

Las tipologías representadas se van a reducir a cálices, custodias, incensario y sacras. Casi todas ellas van a compartir una de las características de este centro, y es la gran riqueza plástica y visual que presentan, con ricos juegos cromáticos en los que intervienen la plata en su color y dorada, y los esmaltes, así como la superposición de cuerpos que buscan romper las estructuras arquitectónicas de las mismas.

Hasta nuestros días han llegado dos cálices, uno en San Sebastián y otro en la Azpilgoeta, en Mendaro. El primero es una obra muy reformada en el siglo XIX por el platero y dorador vitoriano José Sciortino, que lo dotó de una abigarrada decoración incisa que recubre por completo la pieza, transformando su sencilla estructura de líneas clasicistas, sólo rota por los atlantes sobrepuestos similares a los que adornan los ostensorios peruanos. Mientras que el de Mendaro es liso, pero con

32 AHDSS-DEAH, Elgeta, Libro de cuentas de fábrica, 1756-1802, Inventarios de bienes de la iglesia de 1759, fol. 37, y 1765, fol. 86.

33 AHDSS-DEAH, Angiozar, Libro de cuentas de fábrica, 1685-1735; y Elgeta, Libro de cuentas de fábrica, 1690-1755.



Fig. 12. Custodia de Alegia. Perú. Principios del siglo XVIII

una molduración de los cuerpos de la base, de marcado acento horizontal, similar al de las obras peruanas, lo que nos permite su adscripción a estos talleres.

En Tolosa se conserva un copón enviado en 1695 desde Lima por don José de Lizarraga, tal y como reza la inscripción que presenta. Se trata de una pieza de gran originalidad, ya que combina la sobriedad y sencillez de su estructura, carente de decoración, con una corona, calada y recortada, sobrepuesta en la sobrecopa, de la que no conocemos ningún ejemplo similar. Y pieza excepcional es la cruz procesional de Deba (Fig. nº 11), del último cuarto del siglo XVII, en la que las líneas arquitectónicas están totalmente enmascaradas por tornapuntas y costillas avolutadas, que enlazan los diferentes cuerpos que la conforman, y que se complementa con esmaltes de vivo colorido. En el anverso se ubica el Crucificado, de tres clavos, con un ligero contraposto, y cabeza, cuidadosamente trabajada, reclinada sobre el hombro derecho. Mientras que el reverso lo ocupa la escena burilada de San Juan Bautista niño con el cordero, de carácter murillesco, y que sin duda copia modelos del pintor sevillano.

Sin embargo la tipología más numerosa entre las piezas de procedencia peruana es la de custodia, aunque tan sólo haya llegado completa la de Alegia, ya que las de Zarimutz, las dos de Eskoriatza, Errenteria, y San Sebastián, sólo han conservado el ostensorio. Todas ellas presentan las características más definitorias de este tipo de piezas salidas de los talleres peruanos. De gran riqueza plástica, con un movimiento desbordante y un ritmo quebrado, logrado gracias a la ornamentación que presentan, que desestructura la pieza, a base de elementos vegetales, costillas y querubines, que en el ostensorio se asemeja a un trabajo de encaje, con un rico colorido, conseguido mediante la yuxtaposición de motivos de plata en su color, dorada y esmaltes. En el caso de la custodia de Alegia (Fig. nº 12), fechable a principios del siglo XVIII, a toda esta riqueza visual y cromática, añade en el astil la figura del pelícano con sus crías. Igualmente hay que mencionar como a pesar de que esta custodia es prototípica de las piezas salidas de los talleres limeños, presenta estampadas en el reverso de la base las marcas de Pamplona y del platero Carlos Villarreal, artífice decimonónico pamplonés, sin duda estampadas con ocasión de alguna reparación efectuada a lo largo del siglo XIX por este platero. Así mismo, y gracias a la documentación, sabemos que una de las de Eskoriatza también contaba, al igual que la de Alegia, con el grupo del pelícano con sus crías en el astil y que fue regalada a dicha parroquia por don José de Garro, que había sido Capitán General de Guipúzcoa, tal y como se refleja en el inventario de bienes de la iglesia de 1706³⁴. Esta obra fue restaurada por el platero vitoriano José de Sciortino y su hijo Miguel Ángel en 1935, tal y como reza una inscripción que presenta, momento en que le habría añadido la base y astil modernos sobre los que se asienta.

Modelos convencionales presentan el incensario de Oiartzun, con una abigarrada decoración articulada por medio de elementos vegetales, gallones y cenefas caladas de hondas, y las sacras de Lasarte, con una rica y exuberante decoración, que desestructura el marco, compuesta por rocallas, elementos vegetales y florales, que se entrelazan, formando un dibujo de líneas sinuosas, que recubre toda la superficie, de manera abigarrada. En los copetes ovales se sitúan el Cordero místico y un Ave Fénix, alusivas a la muerte y resurrección de Cristo.

PIEZAS GUATEMALTECAS

Las piezas provenientes de la Capitanía General de Guatemala constituyen el grupo menos numeroso de las obras iberoamericanas conservadas en Guipúzcoa. Igualmente las tipologías se reducen a cálices, copón, custodia y vinajeras, respondiendo todas ellas a las características estilísticas

34 AHDSS-DEAH, Eskoriatza, Libro de cuentas de fábrica, 1706-1799, Inventario de bienes de la iglesia de 1706, fol. 1.



Fig. 13a. Cáliz de Amasa. Pedro de Castro. Guatemala. 1706

Fig. 13b. Cáliz de Pasajes de san Pedro. Guatemala. Finales del siglo XVIII

propias de las obras salidas de este centro³⁵. Al igual que sucedía con las piezas salidas de talleres peruanos, el incumplimiento de las normas de marcaje fue sistemático³⁶, por lo que nos encontramos que tan sólo dos de las piezas a estudiar presenta marcas, una corona imperial enmarcada por una cenefa perlada, correspondiente al punzón de impuesto fiscal.

La pieza más abundante es el cáliz, que se han conservado en Amasa (Fig. 13a), Pasai-Donibane, Pasajes de San Pedro y Astigarraga. Todos ellos, salvo el de Pasajes de San Pedro, responden al mismo modelo de base octogonal, de cuerpos decrecientes y perfil troncocónico, y astil de cuerpos esferoides, el central de mayor tamaño a modo de nudo, que apoya en un gollete cilíndrico sobre cuerpo de cuarto de bocel con costillas perladas, excepto en el de Astigarraga, que carece de él. La decoración se compone en el primero de hojas lanceoladas y gallones en relieve, mientras que en los otros dos se basa en elementos vegetales. Mientras que el de Pasajes de San Pedro (Fig. 13b), de finales del setecientos, tiene base circular troncocónica, astil con estilizado nudo de jarrón con cilindro superior, y copa acampanada que diferencia subcopa mediante moldura perlada, teniendo una rica ornamentación de hojas de cardo y palma, y racimos de vid y espigas de trigo de raigambre clasicista. Tanto el cáliz de Astigarraga como el de Pasajes de San Pedro, presentan estampada la marca de Santiago de Guatemala, una corona imperial enmarcada por una cenefa perlada. En este último la marca de Guatemala viene acompañada del punzón de un platero donostiarra, José Antonio Arpide

35 C. Esteras Martín, *La platería en el reino de Guatemala. Siglos XVI-XIX*, 1994.

36 C. Esteras Martín, *Marcas de platería hispanoamericana. Siglos XVI-XX*, Madrid, 1992, pp. XXV-XXXI.

(1741-1801)³⁷, quien habría compuesto la pieza en algún momento tras su llegada. Igualmente, y gracias a sendas inscripciones que presenta, sabemos que el cáliz de Amasa (Fig. nº 13a) fue regalado por el capitán don Domingo de Zapiain y Sozarrain y que fue realizado en 1706 por el platero Pedro de Castro.

El mismo esquema que los cálices presenta el copón de Aduna, con sobrecopa que sigue el ritmo de la base, y en el que se introducen ya elementos neoclásicos en la ornamentación que presenta. Similar estructuralmente es la custodia de Lazkao, con el astil compuesto por cuerpos esferoides calados y con un ostensorio circular, con una moldura de abigarrada decoración y ráfaga de rayos rectos y flameados. Gracias a la conservación de la documentación hemos podido identificar esta custodia como la enviada por don Gabriel de Echeverría a principios del siglo XVIII, a pesar de que el asiento del inventario de bienes de dicha parroquia de 1711, tan sólo menciona al donante de la misma, sin indicar su lugar de residencia ni la procedencia del envío³⁸. Finalmente las vinajeras de Amasa presentan una decoración a base de hojas lanceoladas convexas con el perfil rehundido, característico de estos talleres, similares a las que presenta el cáliz con el que forman un conjunto. Gracias a las inscripciones de dicho cáliz, sabemos que las vinajeras fueron labradas por el platero Pedro de Castro en 1706 y regaladas por el capitán don Domingo de Zapiain y Sozarrain.

37 I. Miguélez Valcarlos, *Opus cit* (2008), pp. 321-322.

38 AHDSS-DEAH, Lazkao, Libro de cuentas de fábrica, 1650-1726, Inventario de bienes de la iglesia de 1711, s/f.

